Una noche en la Procuraduría

GERMÁN DEHESA

Instrucciones de manejo

Lo que estás a punto de leer, emérito lector, es el contenido **de** una intervención casi francesa que me ví obligado a leer, en defensa propia, en la Procuraduría General de la República el viernes 8 de octubre, como parte de una mesa redonda (que era rectangular) en la que participaron varias distinguidas personalidades y yo también. Lo crean ustedes o no, la sala estaba llena a reventar y las cámaras de Televisa se dedicaron a no grabar el 90 por ciento de lo que ahí se dijo. Para nunca haber estado en la Procuraduría, puedo decir que me fue bastante bien y que el doctor Carpizo y su equipo fungieron como espléndidos organizadores y anfitriones. A las 8:30 de la noche, presentada mi ponencia, salí libre sin fianza y con un tambache de libros que me regalaron y que tratan temas tan apasionantes como *La procuración de justicia en Cholula,* y otros asuntos afines. Obviamente no los voy a leer jamás, pero ahora en Navidad se los pienso enviar al *Chapo* a Almoloya como justo castigo a su vida delictiva. Dicho esto, paso a revirarles mi alabastrina ponencia.

DE RIO FRIO A CASOS DE *ALARMA*
(Algunas notas sobre el enigmático tema "Cultura de masas y apología del delito y del delincuente")

Declaración de perplejidades

Ajeno como soy a la familia Quiroz Cua-rón, insospechable de haber sido cómplice de Romero Carrasco, Higinio Sobera de la Flor, Sicilia Falcón o Don Neto; sin gota de sangre siciliana en mis venas, debo por principio y por decencia notificarles que no estoy muy seguro de qué hago yo aquí. Alguien me informó que estoy aquí porque soy "comunicador", pero eso son todas las señoras mexicanas y no las invitaron. Como hipótesis y exculpación provisional, a reserva de hablar con mis abogados, diré que estoy aquí como un acto de entera solidaridad con un hombre que me merece total respeto y admiración: el doctor Jorge Carpizo, que se ha echado a cuestas la hercúlea tarea de restaurar en este país el concepto de procuración de justicia. Entiendo que, de algún modo secreto o visible, tal tarea incluye la reflexión previa de cómo y porqué la sociedad mexicana suele mirar con decidida simpatía la figura del delincuente. Que quede claro que lo que a continuación diga no podrá ser usado en mí contra y no pasarán de ser ociosas divagaciones de un hombre poco avezado en tan sutiles materias.

Tendencias generales

En el principio se me ocurre colocar a Antígona, la hija de Edipo. Ella sabe que Creón, representante del Estado, ha dictado una ley: los traidores no recibirán honras fúnebres. Resulta que uno de los traidores es su hermano. Antígona quebranta la ley, se hace delincuente y entierra a su hermano. Sería aventurado pensar que en la Atenas clásica había medios masivos de comunicación. No hay, hasta donde yo sé, antecedentes de la presencia de Az-cárraga, o de la revista *Alarma* entre los atenienses. Sin embargo, Antígona resultó admirable para los espectadores de la época y para el lector de hoy. El asunto que ahí se plantea: la irresoluble tensión entre los derechos y los fueros del individuo, y las leyes del Estado y del bien común sigue vigente y, en la medida en que los poderes del Estado, los imperios del Leviatán se han extendido tan vastamente, esta tensión lejos de disminuir se ha convertido en el último reducto de un individuo que se niega a ser aniquilado y que se rehúsa a ser salvado y protegido hasta de sí mismo. Si recorriéramos este largo camino es muy probable que desembocáramos en asuntos tales como el respeto a las preferencias sexuales del individuo, el tema del aborto, la eutanasia y la legalización de la droga. En todos ellos se asoma un Estado invasor del reducto de la conciencia individual. Que quede asentado y pasemos a otros temas. Pensemos, por ejemplo, que frente a determinados códigos establecidos Robin Hood, Juana de Arco, Guillermo Tell, Fray Servando Teresa de Mier y Miguel Hidalgo fueron considerados (y hasta perseguidos) como delincuentes. De algún modo seguimos en la misma historia y de nuevo nos encontramos con el malhechor que es también héroe. Y que conste que los medios masivos todavía no comparecen en la historia, a menos que deseemos considerar los Archivos de la Inquisición como antecedentes de la prensa amarillista. Mi punto es que el problema de la apología del delincuente prexiste a la sociedad mexicana y a los medios masivos. Lo que yo alcanzo a percibir es una instintiva solidaridad de los individuos permanentemente agraviados por el Estado (aunque sea por vía hacendaría), con aquel asaltante, forajido, rebelde o roba vacas que se atreve a transgredir las leyes. Si esto está bien o está mal no es el momento de discutirlo. Así ha sido desde que según Rousseau, se firmó el contrato social. De hecho, yo soy el menos calificado para opinar. Paso a explicar.

Tendencias biográficas

A mí los malos siempre me han caído bien. Mi mamá me leía Caperucita y yo de inmediato me identificaba con el lobo que me parecía un benefactor social dedicado a la noble tarea de dispensar al mundo de la presencia de niñas babosas y de ancianas fodongas. En las pastorelas los diablos eran, por mucho, mis favoritos. Decían groserías, se divertían como locos y les tomaban el rubio pelo a los ángeles que eran como trombosis cerebral múltiple. Luego vinieron San-dokan, el Pirata Negro, los bandidos de Schiller, los monjes Goliardos, Drácula, Raffles, Arsenio Lupin, La Celestina, los endemoniados de Dostoyevski y mi nómina de admirables delincuentes creció en forma notable. Esto sin contar con los productos de manufactura nacional: los charros contrabandistas de la Rama, los bandidos de Río Frío, Pancho Villa en Columbus, Enrico Samprieto que falsificaba moneda nacional cuando esto era todavía un negocio rentable, el luchador Pancho Valentino que, en compañía de un asesor apodado *El Chundo* asaltó a un sacerdote y se llevó las muy escasas limosnas; y Arellano y Paco Sierra, villanos brutísimos dignos de Juan Orol que acabaron organizando un coro en Lecumberri. Se lo merecían. En fin, que mi Corte de los Milagros ha estado siempre pobladísi-ma; aunque, en mi caso, he de reconocer que ya podemos hablar de una clara influencia de los medios masivos de comunicación que ahora enlisto: mis tías, que eran chismosísimas, mi Nana, que era mi Gutiérrez Vivó particular, la radio (el que la hace, la paga), revistas como *Magacine de policía* y la nota roja de los periódicos que en los años cuarenta y cincuenta conoció su época de oro. Mencionemos aquí la influencia y el admirable antecedente de don José Guadalupe Posada. Pasados los cincuenta, la nota roja comenzó a desmerecer, o bien, como dice Paco Ignacio Taibo II, todo el periódico se volvió nota roja. Si van a la sección deportiva, encontrarán un delincuente, si van a la sección de sociales, habrá más, y de la primera plana ya ni les platico. Mejor pasemos a algunas observaciones que sirvan como conclusiones a modo de libertad provisional: los medios masivos no han inventado nada. No hay sociedad que no haya manifestado franca simpatía o, al menos, fascinado horror frente al delincuente. Mucho de esto cae en los subterráneos de nuestro espíritu y no es cosa de querer evidenciarlo a golpe de lugares comunes. Lo que yo creo es que una sociedad como la nuestra, tan justificadamente convencida de que los peores delincuentes militan en el sector oficial y esperan la impunidad y abundancia como único castigo a sus delitos; en un mundo así, los medios masivos han encontrado un terreno particularmente propicio para hacer la apología y la exaltación de todo aquel que sin cargo ni credencial de por medio, transgrede la ley. Creo que este es el verdadero problema. Mientras un ciudadano común rece todas las mañanas para que el que lo agreda sea un ratero bien nacido y no un judicial, o algún funcionario, con o sin medios masivos, nuestras simpatías caerán del lado del delincuente que, por lo menos, arriesga su vida y no dice actuar en nombre de la ley. Si este horror pudiera ser cancelado por vía de la democracia (concepto casi delincuente) y la restauración del verdadero orden, todo comenzaría a cambiar, aún los medios masivos que, ya en plena utopía, podrían volverse críticos e inteligentes. Yo digo. Es todo y muchas gracias.